

## 2º premio ex aequo 2013-2014

### EL EXÓTICO LÍQUIDO TERRÍCOLA

Autor: Abraham Vicente-Ruiz Aguilar (4º A, curso 2013-2014)

Cuando salí del Departamento del FBI de Texas creía haberme visto agotada, cansada del lamentable día de hoy. Ni siquiera comí: debía de ser por el estrés acumulado del trabajo. Y todo por la patria. Maldita patria. Quien me escuchara ahora me tomaría por enemiga acérrima de los adorables Estados Unidos, pero es lo que hay.

Encendí un cigarro. Había que liberarse de la tensión de alguna forma.

Seguí al volante. El sol ya había caído y un gran manto de estrellas se cernía sobre mi coche. De improviso, una de las luces del automóvil se apagó ante mis ojos. Mala señal.

Decidí por ello hacer un alto en el camino en un terreno justo al lado de un pequeño embalse, demasiado angosto para el automóvil, pero aquello apenas me importó. Mi único deseo era tener luz, aunque solo fuese una chispa.

En cuanto salí del coche me deshice rápidamente del tabaco, quitándole la vida mucho antes de que él mismo se extinguiese. A continuación, me introduje de nuevo para extraer de la guantera una minúscula linterna, y me guié como pude con aquella brújula hasta el maletero. Aunque solo quedaba a unos pasos, se me hicieron eternos.

Dirigí el círculo artificial de luz hasta la parte trasera de mi automóvil y lo abrí con cierto temor: no sabía con seguridad si tenía bombillas de repuesto o si mi memoria me había fallado de nuevo. Busqué en las paredes del maletero una tapadera donde normalmente guardaba cosas de aquel tipo y seguidamente la destapé. Casi a tientas, distinguí lo que parecía ser una bombilla y rápidamente la agarré como mejor pude.

La vuelta hacia la parte opuesta del maletero no me resultó tan duradera como la ida: supongo que sería por las ganas que tenía de finalizar con todo aquello y llegar a casa lo más pronto posible.

Una vez enfrente del foco en concreto, me agaché para ponerme a su misma altura. Ya me disponía a retirar el piloto cuando un sonido me detuvo. Se trataba más bien de un ruido largo y ensordecedor que cada vez iba en aumento. A los pocos segundos creía que se me iban a reventar los tímpanos.

Lo más sorprendente de aquel ruido era que no provenía de la carretera, como pensé nada más oírlo; pero cuando presté más atención y el ruido se acercaba más a mis oídos, reparé en que aquel extraño sonido procedía del rebalse que estaba al lado del lugar en el que me encontraba. Al volverme hacia el rebalse, una luz cegadora me llegó de lleno, y al instante tuve que cerrar los ojos. Sin embargo, cuando mi visión se acostumbró avancé rápida pero sigilosamente hasta la orilla de aquel pequeño embalse, y me quedé atónita con lo que vi.

En primer lugar, no se trataba de una sola luz, sino de muchas más que estaban en constante movimiento. Además, la luz más grande de todas ellas era en realidad una enorme pirámide construida enteramente de un material parecido al acero, y toda ella estaba iluminada. A su alrededor, una gran multitud de esferas -también iluminadas y del mismo material, aunque de menor tamaño que la pirámide- nacían de esta para acabar introduciéndose en el agua del embalse. Tras unos segundos, estas esferas salían del agua para volver a introducirse en el interior de la gran pirámide, levitando siempre en el mismo sitio, a unos metros por encima del agua. Y así se repitió una vez tras otra, sin descanso alguno, como si nuevas esferas se regeneraran al nada más entrar las otras, todas ellas diminutas en comparación con aquella pirámide metálica.

Asustada, corrí lo más rápido que pude por el mismo camino que me condujo hasta esta misteriosa visión que yo misma me negaba a creer.

Ya quedaba muy poco para alcanzar mi salvación cuando de pronto mis piernas se negaron a responderme. Detenida, observé no muy lejos a dos enigmáticos individuos cerca de mi coche, ataviados con largas capas blancas unidas por un broche metálico, lo que me permitió ver lo que había en su interior; aunque no pude fijarme en nada más salvo en sus cabezas de enormes dimensiones, pues por fin mis extremidades inferiores reaccionaron ante el peligro, haciendo que me dirigiera temblorosa hasta mi coche.

Parecía que no se habían percatado aún de mi presencia, por lo que no me costó mucho llegar hasta la puerta del copiloto.

Aunque oía sus pasos avanzar hacia mi coche; por lo que pude apreciar que acababan de ver el automóvil.

Sigilosamente, levanté la manilla de la puerta del coche e intenté que no sonara en exceso a la hora de abrir la puerta. Mas no fue así: la manilla hizo todo el ruido que necesitó para que la puerta se abriera. Tras este sonido, aquellas personas no humanas gritaron algo en un lenguaje totalmente desconocido para mí y no dudaron en correr hacia el coche.

Pero yo tampoco me quedé atrás y, ya sentada y con mis manos en el volante, pisé el acelerador de inmediato -pues no había quitado la llave- y el coche entró en funcionamiento. Nada más girar para abandonar el terreno, oí el sonido de un láser, que impactó directamente en el cristal del asiento del copiloto, lo que hizo que soltase un chillido de pánico. Seguí oyendo sus disparos, pero ya nada pudieron hacer salvo destrozarme el maletero. Con una velocidad fuera de la ley, circulé por la carretera que llegaba hasta el puente del embalse.

Un poco más relajada, noté que ya nadie me seguía, aunque no bajé la guardia: nunca se sabe lo que puede ocurrir. Cuando alcancé una velocidad normal -aunque aún siguiera muerta de pánico- hice una llamada a mi jefe. No dudé en contarle todo lo ocurrido:

-¡Jefe Williams, es una emergencia!

-¿Ocurre algo, Jackson? ¿a qué viene llamar a estas horas?- dijo con voz cansada.

-He tenido un encuentro... ¡un encuentro alienígena!

Silencio. Después de unos segundos fue cortada por mi jefe:

-Mire, Jackson, no dudo de su sinceridad, pero... ¿se ha tomado la pastilla de la noche?

-¡Estoy perfectamente!

-De acuerdo. ¿Y qué me dice del té? Sirve muy bien para estos casos.

-Le repito que estoy perfectamente- respondí, enfadada. Acto seguido, corté a mi jefe. Esto tenía que solucionarlo yo sola.

Sin darme cuenta, ya llegaba a la mitad del puente del embalse, y el espanto volvió de nuevo: aterrorizada, pude apreciar cómo nuevamente las esferas luminosas salían del agua para entrar en la pirámide metálica. Cuando todas estuvieron dentro, las puertas de la nave gran nave se cerraron, y esta ascendió rápidamente hacia el cielo nocturno, donde desapareció y no la volví a ver más.